

DAVIS, John B., MARCIANO, Alain y
RUNDE, Jochen (eds.)
*The Elgar Companion to Economics and
Philosophy*, Elgar, Cheltenham y
Northampton, 2004.

Los *Elgar Companion* son la síntesis del estado de la cuestión de algunas disciplinas publicados por la editorial Edward Elgar. Suelen constituir un recurso muy bueno para ponerse al día en una materia porque realizan el excelente servicio de presentar un resumen que orienta y ahorran mucho tiempo de investigación. Por supuesto, nada es perfecto y a veces pueden analizar alguno de los temas tratados desde una perspectiva muy concreta, con poca apertura a otras posiciones. Es inevitable que, cuando se hacen presentaciones esquemáticas, se caiga en omisiones. El que reseñamos ahora no está exento de estos problemas, pero pienso que se han minimizado, buscando representantes reconocidos de cada materia. Algunas ausencias son algo llamativas, pero no es fácil recoger todo.

Los tres editores han tenido, seguramente, un ímprobo trabajo. John Davis, formado en Economía y Filosofía, es profesor en las universidades Marquette (Estados Unidos) y Amsterdam, y actual *chair* de la International Network for Economic Methodology. Alain Marciano está en la Universidad de Reims Champagne Ardenne; Jochen Runde en el Judge Institute of Management de la Universidad de Cambridge (Inglaterra).

Esta reseña será principalmente descriptiva: siguiendo la idea del *Companion*, pretendo sólo presentar sus contenidos, sin hacer mayores valoraciones que las ya expresadas.

El volumen reseñado incluye tres grandes áreas temáticas, correspondientes a sus tres partes: “la Economía Política como Filosofía Política” (I Parte), los temas metodológicos y epistemológicos (II Parte) y los ontológicos (III Parte).

La Primera parte comienza con un estudio del portugués José Luís Cardoso, que rastrea las bases de la Economía Política en las doctrinas del Derecho natural racionalista y en la Historia natural. Relaciona el orden espontáneo, auto-regulado, de lo económico con las ciencias naturales y

160 exactas, y señala cómo se crea un objeto económico autónomo gracias al orden espontáneo, análogo al natural.

El siguiente trabajo, de Alain Marciano, señala la mayor riqueza y realismo de los autores clásicos en comparación con la actual corriente principal de la Economía. Para los primeros, la racionalidad era débil y limitada. Por eso Hume y Smith señalan la necesidad de la *sympathy* y de las convenciones. Shaun Hargreaves Heap presenta sus ideas sobre la racionalidad, desarrolladas más extensamente en otros trabajos. El modelo de elección racional supone un concepto de racionalidad instrumental. Se requieren creencias compartidas intersubjetivamente e instituciones, como complementos necesarios a éste. El profesor de la Universidad de East Anglia propone una noción de racionalidad ampliada, basada en normas: la “racionalidad expresiva”, con consecuencias prescriptivas. Bruno Frey y Matthias Benz, del Instituto de investigación empírica en economía de Zürich, presentan un resumen de las crecientes relaciones actuales entre Economía y Psicología.

A continuación se analiza un trabajo sobre las distinciones y relaciones de los diversos tipos de institucionalismos. Su autor es Geoffrey Hodgson, dedicado desde hace años a temas de instituciones y evolución. Por su parte, Jack Vromen, interesado en el mismo campo que Hodgson, hace una reseña de las posturas evolutivas. Marc Fleurbaey encara el complejo campo de la economía normativa y de las teorías de la justicia distributiva: utilitarismo, libertarianismo, igualitarismo: proporcionando un interesante resumen de las posiciones más renombradas. Alain Leroux analiza la relación entre Economía e Ideología y ensaya una propuesta de solución a esta difícil cuestión.

La Parte II, “Metodología y epistemología de la economía”, toca los temas canónicos del área. Parece terminar de sepultar la cuestión de Popper y la metodología de la Economía, pues ni siquiera se menciona.

Comienza con un trabajo de Roger Backhouse sobre el auge y la caída de Lakatos en la metodología de la Economía. Luego se da lugar a que D. Wade Hands presente el constructivismo y sus conexiones con la Economía. Como buenos caballeros, los editores dejan un lugar a la creciente corriente feminista reseñada con especial atención en algunos aspectos por Drucilla Barker.

Más adelante Robert Garnett, Jr. defiende las posturas retórica y posmodernas de la acusación de relativismo. Se trata, señala Garnett, de conversaciones plurales, no necesariamente relativistas. Marcel Boumans, de Amsterdam, analiza después qué significa un modelo. Es una analogía sustantiva, no formal, una representación simplificada de la realidad. La conclusión es algo pragmática: “Las teorías deberían ser verdaderas, o al menos no falsas, pero los modelos sólo tienen que cumplir su fin satisfac-

RECENSIONES

toriamente” (p. 278). Muy relacionado con este tópico está el del Formalismo, encarado por Peter Kesting y Arnis Vilks. Formalismo (prueba, deducción o derivación lógica) no es lo mismo que matemáticas. Los modelos formales son más bien “parábolas iluminadoras”; *training instruments* (p. 294) que mejoran la intuición del economista. La conclusión es crítica y cautelosa. El capítulo final de esta parte es sobre el individualismo metodológico y la Economía. Harold Kincaid señala que detrás de este concepto están implicadas cuestiones ontológicas, reduccionistas, explicativas, mecanistas y heurísticas, que deben resolverse, y subraya la necesidad de acudir a datos empíricos.

La Parte III, “Ontología social y ontología de la economía”, es muy alentadora pues supone el reconocimiento de la importancia de la Ontología dentro de la Economía. Comienza por tres capítulos dedicados al realismo crítico. El primero, está a cargo de la figura líder de esta posición, Tony Lawson. Para él, la Filosofía ha de hacer un trabajo de base necesario para la Economía moderna. Considera que las tres tareas del filósofo son desmitificar, informar, y facilitar el método. El punto de partida de una reforma de la Economía es un análisis ontológico de su objeto de estudio. Expone sus ideas ontológicas sobre la realidad social: el mundo social es estructurado y abierto. La Ontología, para Lawson es localizada y limitada, un proceso falible, por tanto.

A continuación, Stephen Pratten muestra la tensión entre realismo y formalismo en la economía actual, ilustrándola con el caso de la nueva economía institucional. Paul A. Lewis compara la relación agente-estructura de los austríacos con los realistas-críticos. La descripción de la evolución austríaca es excelente, así como la explicación de la relación agente-estructura social en el realismo crítico.

El capítulo de John Davis repite, a veces textualmente, las ideas expuestas en su libro sobre el papel del individuo en la economía. El individuo queda disuelto en la teoría neoclásica. Sugiere considerarlo como un ser impregnado en lo social y acude al esquema analítico de la intencionalidad colectiva de Raimo Tuomela, basado en *first person plural intentions* o *we-intentions*. Concluye afirmando que la racionalidad económica es mixta: instrumental y deontológicamente racional.

Edward Fullbrook compara la filosofía moderna intra-subjetiva (que arranca en Descartes) con la filosofía y teoría social intersubjetiva (Hegel, Husserl, Brentano, Bergson, y otros autores del siglo XX, feministas y Afro-Americans). Señala que la teoría de los juegos no es realmente intersubjetiva, a pesar de posibles apariencias contrarias. Philip Faulkner y Jochen Runde se ocupan de la relación entre información, conocimiento, ignorancia e incertidumbre dentro de la economía. La incertidumbre no cuantificable y la ignorancia causan indeterminación, sorpresa y novedad.

162 Al quedar fuera de la economía, se excluyen factores relevantes. Se basan en las ideas de Searle sobre consciencia e intencionalidad.

Los últimos dos capítulos hacen muy buenas indicaciones y llamadas de atención a la economía estandar acerca del tratamiento de dos nociones muy habituales en ésta: la de probabilidad, presentada por Charles R. McCann, Jr. y la de dinero, por Geoffrey Ingham. Ambos son expertos en las materias que tratan.

Queda claro, después de leer estas páginas, que la Filosofía tiene mucho que decir sobre la Economía. Sin embargo, aquello que tiene que decir muchas veces no será del gusto e interés de los economistas, pues implica reconsiderar puntos de partida básicos de su ciencia. La teoría económica estandar es una gran nave del conocimiento científico, de difícil maniobrabilidad. No será fácil cambiar su rumbo. Parece poco razonable pensar que podrá hacerlo el pequeño remo de la filosofía. Pero al menos éste estará marcando la dirección y podrá aportar su consejo cuando los capitanes se convenzan -quizás por otros motivos- de que el actual rumbo es errado.

Ricardo F. Crespo